

nuevo; ya no se replegaban sobre París, iban á marchar sobre Verdun al encuentro de Bazaine. Circulaba el rumor de que había llegado durante el día un telegrama de este último, anunciando que operaba un movimiento de retirada, y el joven recordó á Próspero y al oficial de cazadores, que habían venido de Monthois tal vez para traer una copia del despacho.

Eran, pues, la emperatriz regente y el consejo de ministros quienes triunfaban sobre las continuas dudas del mariscal Mac Mahon, con el espanto que les causaba el regreso del emperador á París, en su deseo de empujar al ejército hacia adelante, para intentar el salvamento supremo de la dinastía. Y este emperador desgraciado, ese infeliz que no tenía ya un puesto en su imperio, iba á ser llevado como un bulto inútil y molesto, entre los bagajes de sus tropas; condenado á arrastrar detrás de él, la ironía de su casa imperial, sus cien guardias, sus coches, sus caballos, sus cocinas, sus furgones con vajilla de plata y vino de Champagne, toda la pompa de su manto imperial sembrado de abejas, barriendo la sangre y el lodo en los caminos, seguido por la derrota.

A media noche Mauricio aun no había podido dormir. Un insomnio febril, acompañado de pesadillas, le hacía dar continuas vueltas dentro de la tienda de campaña. Tuvo que salir fuera y al respirar el aire fresco sintió alivio. El cielo estaba cubierto de nubarrones, la noche era muy oscura y triste en medio de aquellas tinieblas, que las últimas hogueras, que iban apagándose lentamente, alumbraban cual si fueran estrellas.

Y en aquella calma, que aplanaba á causa del mismo silencio, se sentía la lenta respiración de los cien mil hombres que allí se hallaban acostados. Entonces se aplacaron las angustias que atormentaban á Mauricio, el espíritu de fraternidad que le inspiraban aquellos cien mil hombres dormidos, llenaba su corazón de cariño, pensando que muchos de ellos dormirían muy pronto el sueño eterno de la muerte. ¡Pobres gentes! No estaban muy disciplinados, robaban y bebían. ¡Pero cuánto habían sufrido ya y cuántas excusas para sus faltas en el desquiciamiento de la nación entera!

Los veteranos gloriosos de Sebastopol y de Solferino, eran ya lo menos, mezclados con tropas demasiado jóvenes para resistir mucho tiempo. Aquellos cuatro cuerpos de ejército, formados á la carrera sin lazos sólidos entre sí, componían el ejército de la desesperación, el rebaño, la víctima expiatoria que se enviaba al sacrificio, para intentar aplacar la cólera del destino. Iba á subir al Calvario hasta lo último, pagando las faltas de todos con rojas oleadas de su sangre, engrandecida con el horror mismo del desastre.

Y Mauricio en aquel instante, en la obscuridad de que se sentía rodeado, tuvo conciencia de su deber. No se hacía la ilusión de ganar batallas legendarias. Aquella marcha sobre Verdun, era una marcha á la muerte, y la aceptaba con resignación, con entereza, puesto que era preciso morir.

IV

El 23 de Agosto, un martes, á las seis de la mañana, se levantó el campamento. Los cien mil hom-

bres del ejército de Chalons se estremecieron, desfilaron pronto, manando como un inmenso arroyo, como un río de hombres, convertido durante un momento en extenso lago, y á pesar de los rumores que habían circulado la vispera, se sintieron todos sorprendidos cuando advirtieron que en vez de continuar la retirada se volvía la espalda á París, marchando allá, al Este, hacia lo desconocido.

A las cinco de la mañana el séptimo cuerpo de ejército no tenía aún cartuchos. Desde hacía dos días los artilleros se multiplicaban para desembarcar los caballos y el material en la estación, atestada de provisiones que refluían de Metz. A última hora fueron hallados los vagones cargados de cartuchos en medio de la confusión de trenes que reinaba, siendo necesario que una compañía, de la que Juan formaba parte, fuese á buscar doscientos cuarenta mil, transportándolos en carros embargados á toda prisa.

Juan distribuyó los cien cartuchos reglamentarios á cada uno de los hombres de su escuadra, en el momento mismo en que Gaude, el corneta de la compañía, tocaba á marchar.

El 106º no debía atravesar por Reims; la orden de marcha señalaba que debía dar un rodeo á la ciudad, para coger después el camino de Chalons. Pero esta vez también se habían olvidado de escalonar las horas de salida, de suerte que los cuatro cuerpos de ejército que habían salido á la vez, se encontraron á la entrada del camino, produciéndose gran confusión. La artillería y la caballería cortaban á cada paso las líneas de infantería. Brigadas enteras tuvieron que aguardar durante una hora,

con el arma al brazo, en las tierras de labor, á que el camino se despejase. Y lo peor fué que estalló una tormenta diez minutos después de la salida, cayendo un verdadero diluvio durante más de una hora sobre las tropas, calando á los hombres hasta los huesos y aumentando el peso de sus capotes y mochilas. El 106º, sin embargo, había podido ponerse en marcha, al cesar la lluvia, mientras que en un campo vecino, los zuavos, obligados á aguardar aún, se entretenían tirándose bolas de barro que, al salpicar sobre los uniformes, hacían estallar la risa.

En seguida, reapareció el sol, un sol espléndido, en la calurosa mañana de Agosto. Y la alegría volvió á apoderarse de las tropas. Los hombres humeaban como una legía; muy pronto se secaron, pareciéndose á perros que salían de tomar un baño, burlándose unos de otros, á consecuencia del barro que llevaban en sus pantalones.

En cada encrucijada había que detenerse todavía. Al final de uno de los arrabales de Reims se efectuó la última parada, delante de una tienda de vinos que hacía su agosto.

Entonces se le ocurrió á Mauricio convidar á la escuadra.

—Si permite usted, cabo...

Juan, después de un momento de duda, aceptó una copa. Allí estaban Loubet y Chouteau, éste último respetuosamente callado, desde que el cabo se le había impuesto; y se encontraban también Pache y Lapoulle, dos buenos muchachos cuando no les contagiaban los malos ejemplos.

—¡A su salud, cabo!—dijo Chouteau con voz de apóstol.

—¡A la vuestra! ¡Y que cada cual procure volver con la cabeza y con los pies sanos!—replicó Juan con mucha fiura en medio de la aprobación general.

Pero ya empezaba de nuevo la marcha: el capitán Beaudoin se había acercado, dispuesto á castigarlos, mientras que el teniente Rochas volvía la cabeza indulgente. El desfile por la carretera de Chalons había comenzado: una cinta blanca, bordeada por árboles, recta en la inmensa llanura por entre rastrojos, viéndose aquí y allá grandes pilas de haces y molinos que movían sus aspas. Más al Norte, las hileras de postes del telégrafo señalaban otros caminos, donde se veían líneas oscuras que indicaban otros regimientos en marcha. Muchos cortaban á campo traviesa en masas profundas. Una brigada de caballería por delante, á la izquierda, trotaba deslumbrante bajo el sol. Y todo el horizonte desierto, vacío, triste y sin límites, se animaba, se repoblaba con aquellos ríos de hombres, que se desbordaban por todas partes, inagotables cual gigantesco hormiguero.

A eso de las nueve, el 106º abandonó el camino de Chalons para tomar á la izquierda el de Suipe, otra cinta recta que se perdía á lo lejos. Marchaban en dos filas espaciadas, dejando libre el centro del camino. Los oficiales marchaban por el centro solos, muy á gusto, y Mauricio había notado que estaban muy preocupados, contrastando su aspecto con el que ofrecían los soldados, alegres y contentos, como chicos, de haber emprendido la marcha.

Como la escuadra se encontraba casi á la cabeza del regimiento veía de lejos al coronel señor Vienneuil, cuyo aspecto sombrío, el cuerpo derecho, medido al paso del caballo, le chocaba. Se había enviado la música á retaguardia, con las cantinas del regimiento. Después, acompañando la división, venían las ambulancias, el tren de equipajes, al que seguía la impedimenta del cuerpo entero, un inmenso convoy de carros cargados de forraje, furgones cerrados con las provisiones, un desfile de carruajes de todas clases, que ocupaba cinco kilómetros y del que se veía en los recodos del camino la interminable cola.

Por último, detrás de los carros cerraban la columna algunos rebaños, una desbandada de bueyes que marchaban envueltos en una oleada de polvo, hostigada á latigazos.

No obstante, Lapouille, de vez en cuando se subía la mochila moviendo los hombros. Con el pretexto de que era él el que tenía más fuerza, le cargaban con los artefactos de la escuadra, la olla y la cantimplora para el agua. Y esta vez le habían cargado hasta con la pala de la compañía, haciéndole creer que aquello era un honor. No se quejaba y se reía de una canción con la que Loubet, el tenor de la escuadra, trataba de distraer la monotonía de la marcha. Loubet tenía una mochila muy célebre, en la que se encontraba de todo: ropa, zapatos de recambio, mercería, cepillos, chocolate, un cubierto, un vaso de hojalata y de los víveres reglamentarios, galletas, café, y además de tener los cartuchos y sobre la mochila la manta, la tienda de cam-

pañía y las estacas, todo aquello le parecía ligero; de tal modo sabía arreglarlo todo.

—¡Vaya un país!—decía de vez en cuando, echando una mirada de desprecio sobre aquellas llanuras tristes de la miserable Champagne.

Las vastas planicies de tierra caliza, se sucedían hasta perderse allá en lontananza. Ni un cortijo, ni un alma, nada más que bandadas de cuervos que manchaban con una nota negra la inmensidad gris del horizonte. A la izquierda, muy lejos, bosques de pinos de un verde sombrío, coronaban las suaves ondulaciones que cerraban el horizonte, mientras que á la derecha se adivinaba el curso del río Vesle que señalaba una línea de árboles. Y allí, detrás de los montecillos, á más de una legua de distancia se veía subir una humareda enorme, cuyos nubarrones acababan por cubrir el horizonte, como si fueran producto de un voraz incendio.

—¿Qué es lo que se quema por allí?—preguntaron algunos.

Bien pronto se supo lo que era. El campamento de Chalons que ardía dos días antes, según decían, por orden del emperador, para salvar de manos de los prusianos las riquezas allí acumuladas. La caballería de retaguardia fué la encargada de incendiar un gran barracón, llamado el almacén amarillo, lleno de tiendas de campaña, de estacas y de esteras y el almacén nuevo, donde había amontonados zapatos, marmitas, mantas, capaz para equipar á más de cien mil hombres. Las pilas de paja y de heno seco, ardían también como antorchas gigantes. Y ante aquel espectáculo, delante de aquellos remolinos lívidos que se desbordaban por

las crestas de los cerros lejanos enlutando el cielo, el ejército que marchaba por la gran llanura triste, habíase tornado en silencioso al sentir la opresión producida por aquel espectáculo. Sólo se oía en aquella mañana, en que el sol brillaba espléndido, la cadencia de los pasos, mientras que las cabezas se volvían siempre para ver la humareda que iba en aumento, cuya vista siguió la columna todavía durante una legua más.

La alegría volvió á reinar en la gran parada, en el rastrojo donde los soldados pudieron sentarse sobre sus mochilas para tomar un bocado. Las galletas cuadradas servían para hacer la sopa, y las pequeñas, redondas, las comían como bocado exquisito, sólo tenían el defecto de dar durante el día sed. Invitado por sus compañeros, Pache entonó un cántico cuyo estribillo cantaron á coro todos los de la escuadra. Juan, el cabo, bonachón como siempre, se sonreía y los dejaba en libertad, mientras que Mauricio volvía á sentir confianza al ver el entusiasmo de todos, el orden y la alegría que reinaba durante aquella primera jornada en marcha.

El resto de la etapa se recorrió en la misma forma, animados todos del mejor espíritu. Sin embargo, los ocho últimos kilómetros parecieron un poco pesados. Se acababa de dejar á la derecha la aldea de Prosnes, y se abandonó la carretera para acortar por terrenos incultos, landas arenosas, plantadas de bosquecillos de pinos; y la división entera, seguida del interminable convoy, daba vueltas por aquellos bosques, hundiéndose en la arena. El desierto iba ensanchándose todavía; sólo encontraron

un rebaño entero de ovejas, custodiado por un perro negro muy grande.

Por último, á las cuatro, el 106º se detuvo en Dontrien, una aldea que se hallaba en las márgenes del Suipe, un pequeño río que corre por entre bosques de árboles; la vetusta iglesia está en medio del cementerio, que un castaño inmenso cubre con su sombra. En la margen izquierda, en un prado en cuesta, el regimiento colocó sus tiendas de campaña. Los oficiales decían que los cuatro cuerpos de ejército iban á acampar aquella noche en la línea del Suipe, desde Auberive á Heutregville, pasando por Dontrien, Bethinville y Pont Favenger, una línea que se extendía cerca de cinco leguas.

En seguida tocó Gaude á provisiones, y Juan tuvo que echar á correr, porque el cabo era el gran abastecedor, siempre alerta. Se había llevado consigo á Lapouille, y volvieron al cabo de media hora con un trozo de carne y un haz de leña. Se habían degollado bajo un árbol tres bueyes de los que seguían á la columna. Lapouille tuvo que volver á buscar el pan, que se estaba cociendo en Dontrien, en los hornos del pueblo. Aquel fué el primer día en que hubo de todo en abundancia, excepto vino y tabaco, de los que nunca probaron las tropas durante toda la campaña.

Al regresar Juan, encontró á Chouteau ocupado en plantar la tienda de campaña auxiliado por Pache. Los miró durante algún tiempo como soldado experimentado, burlándose de lo que hacían.

—La suerte es que esta noche parece que va á ser buena, porque sino el viento nos llevaría la casa. Tendré que enseñaros para otra vez.

Quiso enviar á Mauricio á buscar agua, con una gran cantimplora. Pero éste, que se había sentado, se descalzaba para mirar su pie derecho.

—¡Caramba! ¿Qué tiene usted ahí?

—Es el contrafuerte que me ha herido en el talón, los otros zapatos estaban rotos y he tenido que comprar estos en Reims, sólo que debiera haberlos comprado más grandes.

Juan se puso de rodillas y se acercó al pie de Mauricio examinándole con precaución, como si fuese el de un niño, meneando la cabeza.

—Hay que tener cuidado,—dijo.—Un soldado que no tiene pies no sirve para nada. Mi capitán, en Italia, decía siempre que se ganaban las batallas con las piernas.

Juan ordenó á Pache fuera á buscar agua. El río se hallaba cerca, á unos cincuenta metros. Loubet mientras tanto había encendido la lumbre y pudo instalar en un agujero la marmita grande llena de agua en la que sumergió la carne, cuidadosamente atada. Entonces se pusieron á observar cómo se hacía el rancho. La escuadra entera, libre de servicio, se echó sobre la hierba alrededor del fuego, en familia, contemplando aquella carne que cocía; mientras que Loubet, grave y serio, removía la marmita con su cuchara. Como los niños y los salvajes, no tenían más preocupación que la de comer y dormir; en aquella carrera se las arreglaban bien, bajo el mando de Juan. Mauricio, complaciente, leyó las noticias más interesantes, mientras que Pache, el sastre de la escuadra, le remindaba su capote, y Lapouille le limpiaba sus armas. Primero se trataba de una gran victoria de Bazaine que había arro-

llado á los prusianos en las canteras de Jaumont; y aquel cuento imaginario estaba rodeado de circunstancias dramáticas, hombres y caballos aplastándose contra las rocas, un completo aniquilamiento, tanto, que se habían enterrado trozos de cadáveres. Después venían multitud de detalles sobre el desastroso estado en que se encontraban los ejércitos alemanes, desde que habían invadido Francia; los soldados mal alimentados, con mal equipo, desmoralizados, morían como chinches, á lo largo de los caminos, atacados por enfermedades horribles. Otro artículo decía que el rey de Prusia tenía disentería y que Bismarck se había roto las piernas al saltar por la ventana de una posada, donde había estado á punto de caer en manos de los zuavos. ¡Bueno va! Lapouille se reía á carcajadas, mientras Chouteau y los demás, sin poner en duda lo que el periódico decía, hablaban de recoger prusianos en los campos, como si fueran palominos atontados. Y todos celebraban con grandes risas el susto que habían dado á Bismarck. ¡Ah! los zuavos y los turcos, ¡vaya unos valientes! Circulaban toda clase de leyendas; Alemania temblaba y se incomodaba, diciendo que era indigno de toda nación civilizada emplear en su defensa salvajes como esos. Aunque diezmados ya en Frœschwiller, parecían aún hallarse intactos y ser invencibles.

Dieron las seis en el pequeño campanario de Dontrein y Loubet gritó:

—¡A comer!

La escuadra formó silenciosamente la rueda. A última hora. Loubet había encontrado legumbres en casa de un aldeano: El banquete era completo:

una sopa que embalsamaba el aire, que olía á zanahoria y á puerros, algo suave para el estómago, como si fuese terciopelo. Las cucharas no paraban. Después, Juan, que repartía las raciones, tuvo que distribuir la carne, con la más estricta justicia, porque todos miraban con ansia, y con seguridad se hubiese armado camorra si el pedazo de carne que correspondía á uno hubiese sido más pequeño que el que le tocaba á otro. No quedó ni una migaja.

—¡Vamos!—dijo Chouteau, mientras se echaba al suelo,—la verdad es que vale más esta comida que recibir una tanda de palos.

Y Mauricio, que se había hartado, estaba muy satisfecho, sin acordarse de la herida que tenía en el pie, pues con el descanso se le había calmado el escozor. Ahora aceptaba de buena gana aquella compañía un tanto soez, hallando buena la igualdad ante las mismas necesidades y los mismos padecimientos. Aquella noche durmió profundamente, con el mismo sueño pesado de sus cinco compañeros de tienda de campaña; todos juntos, calentándose con sus cuerpos, pues Lapouille, á indicación de Loubet, había traído abundante paja, sobre la cual se acostaron y roncaban como unos bienaventurados. Y en aquella noche clara, desde Auberive y Heutrégiville, á lo largo de las márgenes del Suippe, que se deslizaba lentamente por entre los sauces, las hogueras de los cien mil hombres que descansaban, iluminaban las cinco leguas de la llanura. Al salir el sol, hicieron el café moliendo los granos en una marmita con la culata del fusil y echáronlos después en agua caliente. Aquella mañana la salida del sol fué de una magnificencia re-

gia, en medio de grandes nubes de púrpura y oro, mas el mismo Mauricio no se fijaba ya en aquellos cuadros que ofrecían el horizonte y el cielo, y Juan únicamente, como hombre del campo, miraba con aire inquieto el alba rojiza, que anunciaba la lluvia. Así es que antes de emprender la caminata, y como acabasen de recibir las raciones de pan, comprendió con dureza á Loubet y á Pache, porque las habían colocado encima de las mochilas. Las tiendas se habían doblado ya, todo estaba recogido y nadie le hizo caso. Dieron las seis en todos los campanarios de las aldeas vecinas, cuando el ejército entero se puso en movimiento, emprendiendo de nuevo la marcha hacia adelante, con buenos ánimos, para aquella jornada.

El 106º, para coger el camino de Reims á Vouziers, tomó por atajos y atravesó por llanuras de rastrojos durante una hora. Abajo, hacia el Norte, se advertía escondida entre árboles, la aldea de Bethiniville, donde debía haber pasado la noche el emperador. Cuando llegaron á la carretera de Vouziers, las planicies de la víspera volvieron á empezar, la Champagne acabó de presentar su pobre campiña de una monotonía desesperante. Vióse después el Arne, un riachuelo que corría por la izquierda, mientras que las tierras incultas se extendían por la derecha hasta perderse de vista, prolongando el horizonte con sus líneas planas. Atravesaron varias aldeas: San Clemente, cuya calle única serpentea á lo largo de la carretera; San Pedro, población de ricachos que habían levantado barricadas delante de sus puertas y ventanas. El gran descanso se verificó hacia las diez, cerca de

otro pueblo, San Esteban, donde los soldados pudieron encontrar tabaco. El 7.º cuerpo se había dividido en varias columnas; el 106º marchaba solo, no teniendo detrás de sí más que un batallón de cazadores y la artillería de reserva; Mauricio en todos los recodos del camino echaba la vista hacia atrás, para volver á ver al inmenso convoy que tanto le había entusiasmado la víspera; los rebaños habían desaparecido, y no quedaban más que cañones rodando por aquellas llanuras, parecidos á langostas sombrías.

Pero, después de San Esteban, el camino se hizo insoportable, un camino que subía por ondulaciones lentas, en medio de los vastos campos estériles, en los cuales solo crecían los eternos bosques de pinos, cuyo verde oscuro resaltaba tristemente en aquellas sierras tan blancas. Todavía no habían atravesado un país tan triste. Mal conservado el camino, estropeado por las últimas lluvias, era un verdadero barrizal de arcilla gris, desleída, donde se hundían los pies, como si aquello fuera pez. El cansancio era grande, los hombres apenas podían avanzar, extenuados, y para colmo de males empezaron á caer chaparrones tremendos. La artillería estuvo á punto de quedarse atascada en el camino.

Chouteau, que llevaba el arroz de la escuadra, cansado, molestado por la carga, tiró el paquete, creyendo que nadie le veía. Loubet le había visto.

—Haces mal; porque si todos te imitáramos, nadie podría comer á la noche.

—No importa, puesto que hay provisiones en abundancia; ya nos darán cuando llegemos.

Y Loubet, que llevaba el tocino, convencido por el razonamiento, lo tiró también.

Mauricio sufría cada vez más de su pie, cuyo talón debía haberse inflamado de nuevo. Se arrastraba tan penosamente, que Juan se compadeció de él.

—¡Eso no se cura! ¿No es verdad?

Como en aquel momento la columna se paró para dar descanso á las tropas, Juan añadió:

—Quítese usted el zapato, y así el barro frío calmará el escozor.

En efecto, Mauricio pudo continuar andando sin gran dificultad, y un profundo sentimiento de gratitud se manifestó en él. Era una gran fortuna para una escuadra tener un cabo como Juan, que había servido y que conocía todas las tretas del oficio; era un aldeano un poco burdo, pero, no obstante, él reconocía que era un buen hombre.

Llegaron muy tarde á Contreuse, donde debían acampar, después de haber atravesado el camino de Chalons á Vouziers, y haber bajado por una pendiente á la rambla de Sémide. El país cambiaba, estaban en los Ardennes. Desde las pobladas laderas elegidas para el campamento del 7.º cuerpo por encima del pueblo, se veía á lo lejos el valle del Aisne, perdido en las brumas de los aguaceros.

A las seis, Gaude, el corneta, no había tocado aún á provisiones. Entonces Juan, para entretenerse, quiso plantar la tienda de campaña. Enseñó á sus hombres cómo había que elegir un terreno un poco pendiente, plantar los piquetes de costado, hacer un canalito alrededor de la tela para que pudieran correr las aguas. Mauricio, á causa de la herida que tenía en el pie, estaba relevado de toda

clase de trabajo y miraba con sorpresa la maña que se daba Juan para comodidad de todos. El estaba casi inutilizado, pero le sostenía la esperanza que había vuelto á apoderarse de los corazones.

Habían andado sin descanso desde Reims, echándose sesenta kilómetros á la espalda en dos etapas. Si continuaba en la misma forma y siempre en línea recta, de seguro lograrían arrollar al segundo ejército alemán y unirse á Bazaine, antes que el 3.º, el del príncipe real de Prusia, que decían se hallaba en Vitry-le-Français, hubiese tenido tiempo de ir á Verdun.

—¡Pero qué! ¿nos van á dejar morir de hambre? —dijo Chouteau al notar que á las siete todavía no habían dado nada.

Juan, como hombre prevenido, había encargado á Loubet que encendiera lumbre para calentar el agua, y como no había leña, Loubet arrancó el emparrado de un jardín que se hallaba cerca. Pero cuando habló de hacer un plato de arroz con tocino, hubo que confesarle que el arroz y el tocino se habían quedado entre el barro del camino. Chouteau mentía descaradamente, jurando y perjurando que el paquete se le había caído sin notarlo.

—¡Sois unos animales!—dijo Juan enfurecido.— ¡Tirar la comida cuando tanta gente tiene hambre!

Lo mismo había ocurrido con el pan atado sobre los morrales: no le habían hecho caso y las lluvias le habían mojado hasta el punto que parecía una sopa.

—¡Estamos frescos!—repitió.—Nosotros que teníamos de todo, ahora nos comeremos los codos.. Pero ¡qué brutos sois!